

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

MIGUEL GLEASON ALVAREZ. *Maquinaria agrícola*.—Monografías Industriales del Banco de México, S. A. Pp. 228. México. 1943.

Vieja afirmación, pero no por ello inoportuna, la de que uno de los problemas que deben resolverse en nuestro país, si es que quiere propiciarse su entrada al campo de la explotación industrial de sus recursos, es el que se refiere a la creación de las condiciones materiales que hagan posible una transformación de los métodos primitivos, o, por lo menos, de escasos rendimientos, que se siguen en las labores agrícolas. Esto implica a su vez, ocuparse de analizar las posibilidades reales que el país tiene de crear cada uno de los renglones particulares y concretos que constituyen el cuadro de esas condiciones materiales.

Uno de estos renglones ha sido desde hace tiempo motivo de preocupaciones: la fabricación de maquinaria e implementos agrícolas en México. Se ha ocupado de ella tanto la iniciativa privada como el estado. En el primero de los casos esta rama de la producción sólo ha sido establecida como línea adicional de fabricación; en el segundo, el gobierno realizó hace algunos años uno de los más serios esfuerzos que se han hecho, estableciendo la Fábrica de Implementos Agrícolas Mecánico Industrial, U.C.P.R.S., seguramente hasta hoy la empresa de mayores posibilidades técnicas, para ocuparse de esta rama de la industria.

El naturalmente limitado esfuerzo de la iniciativa privada y las dificultades con que tropezaron los proyectos de trabajo de la mecánica industrial, constituyen en sí el resultado de una serie de factores difíciles de establecer y valorizar para personas que sólo puedan allegarse información general de segunda mano. En la medida en que todos estos factores puedan analizarse con justicia, en fuentes originales, con mayor atingencia podrían sentarse las bases para atacar este problema en el porvenir. Y no cabe duda que el momento es adecuado para insistir en la necesidad de transformar en economías de cambio lo que en la mayoría de los casos no pasan de ser, hasta ahora, economías agrícolas cerradas o raquíticamente conectadas. Y por ello el problema de los implementos mecánicos para la agricultura vuelve a adquirir una evidente importancia.

El Banco de México, al organizar su Oficina de Investigaciones Industriales, incluyó dentro de su programa de trabajo el estudio de la fabricación en México de maquinaria agrícola. Este problema fué planteado a una de las personas que con mayor autoridad puede opinar sobre el tema: el ingeniero Miguel Gleason Alvarez —agrónomo, hombre de industria, profesor de economía y hace tiempo representante técnico del Banco Nacional Obrero de Fomento Industrial en la Cooperativa Mecánico Industrial, fábrica de implementos agrícolas.

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

El resultado es el libro *Maquinaria agrícola* que hoy publica esa institución. El desarrollo del tema está concebido con un criterio eminentemente práctico, concediendo sólo el espacio indispensable a las consideraciones históricas y de carácter general. El libro es más que nada un plan concreto de trabajo, un programa industrial, teniendo en cuenta la primera de las dos modalidades que en México puede adoptar la fabricación de maquinaria agrícola: estableciendo una empresa cuya producción satisfaga las necesidades actuales reveladas por los datos estadísticos, o bien planeando las necesidades de una agricultura mecanizada y estableciendo una empresa que las satisficiera.

De un extraordinario valor no sólo para el estudioso teórico de estos problemas, sino para el industrial, son los apéndices de esta obra que por lo demás son un complemento inevitable si se tiene en cuenta su carácter. Todos los datos e informes que aparecen en los apéndices —costos y presupuestos de fabricación, por ejemplo—, difícilmente se obtendrían sin haber contado con la venturosa coincidencia de que el autor es, por su profesión, conocedor de los problemas agrícolas del país, por su experiencia personal un enterado de los problemas industriales de esta rama y, por haber sido en cierto modo participante del único esfuerzo serio y premeditado que se ha hecho en el país para fabricar maquinaria agrícola, un conocedor del problema.—*M. B.*

SOCIEDAD DE NACIONES, *World Economic Survey 1941-42*. Ginebra, 1942. Pp. 198.

Este nuevo estudio de la Sociedad de Naciones abarca desde octubre de 1941 hasta octubre de 1942, y trata principalmente de la economía de guerra en las distintas regiones del mundo y de los efectos que ha tenido. No obstante que los informes de la Sociedad de Naciones siguen siendo los mejores documentos sobre historia económica contemporánea con que contamos, no se puede dejar de pensar que el estudio actual no alcanza la calidad de los anteriores. Es cierto, desde luego, como recalca el autor del prólogo, que en tiempo de guerra muchos datos estadísticos no se dan a conocer, que otros no se pueden comprobar debidamente y que sobre ciertos asuntos hay que recurrir a las escasas informaciones que trascienden al público. Esto no puede remediarse. También es verdad que en la actualidad hay ciertos hechos sobresalientes sobre los que es necesario fijar la atención a expensas de otros que en época de paz podrían parecer importantes. Pero la impresión general que deja este informe es la de querer abarcar mucho en demasiado poco espacio.

Los capítulos primero y último proporcionan un bosquejo general de lo ocurrido en la economía bélica de las principales regiones del mundo y

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

permite comparar el grado de organización económica alcanzado en distintos países para la ejecución de los programas de producción de armamentos. El resto de la obra está dedicado al examen de problemas concretos: la producción, el consumo y el racionamiento, finanzas y moneda, precios y control de los mismos, comercio internacional y transportes. En una reseña breve como ésta no puede hacerse otra cosa que señalar algunos asuntos que llaman la atención, pues una reseña adecuada, a la multitud de datos que aparecen compactamente en las 198 páginas del informe en cuestión, tendría que ser casi kilométrica.

En primer lugar, llaman la atención los efectos desastrosos de la guerra sobre la producción y el consumo en el continente europeo, las deficiencias de alimentación, el tremendo aumento de la mortalidad (aparte de las bajas causadas directamente por las hostilidades) y la explotación de los países ocupados por los nazis, tanto en la forma de recursos humanos, productos agrícolas, combustibles, materias primas y equipo industrial, como de "gastos de ocupación". Luego, los problemas peculiares de la economía de guerra alemana (no pocas veces semejantes a los de la economía de Estados Unidos, y de solución parecida), el empleo de dos y medio millones de obreros extranjeros en territorio alemán en junio de 1942, las dificultades de transporte, los esfuerzos por obtener mayor rendimiento de la industria, etc. Los datos que se refieren al continente europeo son en realidad los que más interés revisten, ya que lo relativo al continente americano nos es bastante más conocido.

El financiamiento de la guerra, señala el informe, ha sido más o menos similar en casi todos los países. Para aumentar la producción de armamentos es necesario reducir el consumo de la población civil. "En primer término, se elevan los impuestos. En ningún caso, sin embargo, se ha resuelto el problema exclusivamente con mayores impuestos. El estado se ve obligado a pedir prestado. Si no logra obtener voluntariamente del público las sumas que necesita, dispone de tres caminos... pedir prestado a los bancos y mediante este crédito elevar los precios y obligar al público a reducir su nivel de consumo... bloquear parte de los ingresos de los consumidores mediante el ahorro obligatorio... [y]... mantener o incluso aumentar los ingresos monetarios, pero impedir su gasto por parte de la población civil mediante el racionamiento, la distribución directa de materiales y las prioridades." Lo más eficaz es una combinación de todas estas medidas. El financiamiento a través de la inflación "no ha desempeñado hasta ahora un papel importante excepto en China, Italia, Rumania y unos cuantos países más" (p. 108). Existe, desde luego, inflación en muchas naciones, y no sólo en las que están en guerra, pero con frecuencia las causas han sido otras. Donde menos alza de precios ha habido es en Alemania y otras naciones centro-europeas en que nada hay que comprar, y en Gran Bretaña, Australia y otros

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

países en que el control de los precios, los salarios y la actividad económica en general ha sido bastante extenso. En cambio, en países como Francia, Italia, Rumania, Yugoslavia y Grecia, la inflación es considerable y se han formado bolsas negras de artículos de todas clases. Tan sólo en Francia se estimaba a fines de 1941 que el 50% del comercio se realizaba en la bolsa negra y que había aumentado en grandes proporciones el comercio de trueque. Un aspecto interesante del control de los precios es el uso de subsidios destinados a estabilizar el costo de la vida, medida empleada eficazmente en Gran Bretaña y en Canadá.

El comercio, como es natural, se ha modificado nuevamente, al entrar Japón en la guerra, quedando demarcadas tres grandes regiones de intercambio: Europa continental, la zona controlada por Japón y la dominada por las Naciones Unidas. Lo que podría llamarse el comercio "normal" se ha reducido casi a la nada. En las tres zonas citadas las importaciones de los países productores de equipo bélico se han restringido a lo más indispensable y apenas si se ha enviado a los países colocados dentro de su órbita lo necesario para sostener un bajo nivel de vida y de actividad económica. A este respecto es curioso observar que el efecto producido por las compras de Alemania en la economía de los países ocupados o dominados por ese país no deja de presentar cierta similitud con el efecto del comercio norteamericano sobre América Latina. Se les compra a precios bajos, se les vende, poco, a precios muy elevados, y se acumulan en Alemania enormes "reservas congeladas", saldos de compensación, que para nada sirven. La relación de intercambio se ha tornado, incluso en los países europeos neutrales, favorable a Alemania. Lo que distingue el problema económico de América Latina es que no existen las tremendas cargas por "gastos de ocupación", y, en cambio, Estados Unidos proporciona ayuda en forma de "préstamo y arrendamiento" y de créditos para el desarrollo económico.

Los efectos y el destino de los préstamos y arrendamientos se analizan detalladamente, con gran acopio de datos (pp. 158-165), señalándose las fantásticas cifras que alcanzan las exportaciones norteamericanas por este concepto. "El programa de préstamos y arrendamientos —dice el informe— debe considerarse como expresión de una política de formar un fondo común de recursos de las Naciones Unidas", y agrega que Estados Unidos ha obtenido préstamos y arrendamientos de otras naciones a la vez que los ha proporcionado. Como fenómeno de grandes consecuencias para el futuro cabe citar, finalmente, el endeudamiento de Gran Bretaña con el resto del mundo, la disminución del valor de sus inversiones extranjeras (más de 2,000 millones de libras esterlinas en los primeros tres años de guerra) y la considerable repatriación de bonos y obligaciones llevada a cabo por países como la India, Argentina, Sudáfrica y otros.—V. L. U.

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

E. F. HECKSCHER, *La época mercantilista*.—Versión española de Wenceslao Roces. XIV, 871 pp.. Fondo de Cultura Económica, México, 1943. \$25.00.

Después que la obra de lord Keynes ha salido victoriosa de la tempestad que levantó, cualesquiera que hayan sido los desperfectos que ocasionaran en ella las olas, ya no puede considerarse al mercantilismo como un mero problema histórico, ni las doctrinas mercantilistas despiertan sonrisas de superioridad displicente. Cada vez se extiende más la convicción de que la teoría económica liberal no ofrece una explicación satisfactoria de nuestros problemas actuales, y menos aún proporciona una solución de éstos la política que propugna. El centro de la economía se ha desplazado; los problemas de producción han pasado a segundo plano, cediendo su lugar a los de distribución. El estado vuelve a ser la médula, el individuo se esfuma; el brillo de Leviatán es demasiado intenso para que percibamos a sus insignificantes esclavos. Se discute mucho sobre el individualismo, sobre el derecho a pensar, etc.; pero hoy son pocos los que se aferran a afirmar el derecho del individuo a conducir su economía como le venga en gana, y un sector muy importante lo niega rotundamente.

Sin duda, sería temerario identificar las tendencias económicas del presente con las del mercantilismo, en teoría o en política; por lo menos nos expondríamos, en caso de hacerlo, a que nos abrumaran señalando diferencias sin cuento en los hechos y discrepancias sin límite en los principios. Los problemas se plantean hoy en un plano distinto. Pero es inevitable que la intervención creciente del estado en nuestra vida diaria, la regimentación de nuestras actividades, nos traiga a la mente aquella época pasada en que también el estado lo fué todo, o quería serlo, y en que se preparaba la gran revolución económica que habría de producir el capitalismo de nuestros días. También entonces había un gran problema por resolver. ¿Es simple coincidencia el que en aquella época de rivalidades nacionales y de formación de grandes estados, como lo es ésta, se produjera una intensificación de la ingerencia oficial en las actividades económicas de los hombres?

Es evidente que la política económica y las ideas económicas de la época mercantilista tienen hoy una actualidad mayor que en cualquier otro momento y que, en consecuencia, el libro de Heckscher merece en nuestros círculos la misma acogida que ya tuvo en Suecia, en Alemania, en Inglaterra y en Estados Unidos. No es una obra exhaustiva, no es una enciclopedia de los conocimientos sobre la época mercantilista; en primer lugar porque toma como elementos centrales de su estudio a Inglaterra y Francia (aunque Holanda, Alemania, Suecia y España, entre otros países, ocupan un sitio); en segundo lugar porque semejante monstruo no podría ser obra de un solo hombre; en tercer lugar porque semejante libro sería una obra ilegible para cualquier persona sensata. Se trata de un tomo voluminoso, sin duda con

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

una riqueza inmensa de materiales, pero su autor no ha tenido la presunción de agotar el tema, y así lo declara de una manera expresa. También se ha dado cuenta precisa de que las proporciones de la obra pueden asustar al no especialista y por eso ha concebido cada una de sus partes como un todo independiente; por último, los índices analíticos comprenden, en la edición española, no menos de 80 páginas a doble columna y hacen de él una obra de consulta de valor inestimable.

La política económica de la Edad Media no ofrece dificultades de interpretación; las medidas que adoptan el estado y otras instituciones son claras, su finalidad patente. El liberalismo del *xix* tampoco tiene gran misterio. Pero entre ambas épocas existe un lapso que ha puesto a prueba los cerebros más finos, que se ha prestado a las interpretaciones más diversas y contradictorias que han creado una confusión perjudicial.

Para Heckscher el mercantilismo es un concepto puramente instrumental que, en caso de elegirse bien, debería permitirnos comprender un determinado período histórico con mayor claridad de la que sería posible de otra manera (p. 3). La política económica de la época mercantilista se proponía, según él, dos fines: unificación económica y poderío del estado, que se buscaban valiéndose de dos procedimientos: proteccionismo y política monetaria.

La obra está dividida en dos grandes partes, que en sus ediciones anteriores aparecían en distintos volúmenes. La primera abarca más de 450 páginas de nuestro libro y se ocupa de la historia legislativa de la unificación económica. Se describe ahí la desintegración de Europa durante la Edad Media con el aumento de las reglamentaciones de todo género dictadas por las instituciones privadas y los particulares (peajes, pesos y medidas, acuñación, etc.). Había que decidir la lucha entre el individualismo y el universalismo. Todos los comentaristas están de acuerdo en que lo mejor del libro es el análisis comparativo de las políticas francesa e inglesa. En Francia encontramos un compromiso, una transacción entre lo antiguo y lo moderno: se utiliza y refuerza la organización antigua; las nuevas manufacturas, creadas bajo la égida del estado, siguen la técnica tradicional y producen mercancías de lujo para las clases pudientes; no hay cambios revolucionarios. En Inglaterra la política estatal se lleva a través de representantes oficiales, los jueces, hasta que la reglamentación del estado mismo empieza a desvanecerse y a dejar paso a la iniciativa privada para que ésta desarrolle un nuevo tipo de industria que produce mercancías de baja calidad para las masas. La vigorosa oposición de los tribunales impidió que el estado se entrometiera demasiado en la libertad industrial. El estudio de Heckscher sobre la actitud del *common law* ante los monopolios pasa por ser el mejor que se haya hecho hasta ahora sobre este tema.

El control municipal de la Edad Media no podía reglamentar el comercio exterior, y, como consecuencia, la unificación política colocó automática-

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

mente esta rama de la actividad económica bajo la dirección del estado, y Heckscher nos describe con todo detalle los esfuerzos de los gobiernos para reglamentar el comercio internacional en los Países Bajos e Inglaterra, aunque sin descubrir a Portugal, España y Francia.

Se ha dicho que el gran mérito de la segunda parte de la obra es el meticuloso examen que en ella se hace de las relaciones que existen entre el mercantilismo y sus predecesores y sucesores, que nos presenta los cambios de la teoría económica como un proceso histórico donde se reflejan las modificaciones en la estructura del sistema económico. Vemos que el mercantilismo era a un mismo tiempo un producto natural del medievalismo y también su antítesis, y que la misma relación vuelve a encontrarse entre el mercantilismo y el librecambio. Según Heckscher, librecambio no es lo contrario de mercantilismo, pues en éste hay muchos de los elementos que suelen atribuirse a aquél.\*

El punto central de la interpretación de Heckscher de la teoría económica de la época del mercantilismo, es la afirmación de que su característica general es el "miedo a las mercancías". Es decir, la supremacía del punto de vista del productor, que a toda costa quiere deshacerse de su producción, darle salida. La única mercancía que no se teme es el oro. Más claro, según Heckscher, durante la Edad Media la tendencia general puede definirse como "hambre de mercancías", que se refleja en la política económica en una legislación favorable a las importaciones; en cambio, durante la época mercantilista la tendencia es, según el autor, contraria, resultando en una legislación proteccionista y favorable a las exportaciones, con su consecuente interés por la balanza comercial favorable. Esta interpretación ha sido objeto de duras críticas. Se ha señalado que, si bien las pruebas presentadas por Heckscher apuntan en la dirección que él indica, no es exacto que el

\* En dos magníficos capítulos de su libro *Studies in the Theory of International Trade*, el profesor Viner ha hecho un estudio minucioso de las teorías mercantilistas en lo que respecta al comercio internacional en su aspecto monetario, y en una nota señala su coincidencia de opinión con las conclusiones a que ha llegado Heckscher. Ninguno de los dos autores tuvo ocasión de incorporar a su obra las aportaciones del otro, pues los libros se publicaron simultáneamente (Viner añadió su nota cuando su libro se hallaba en pruebas). El campo que cubren no es, sin embargo, el mismo; el análisis de Heckscher es mucho más amplio y, además, el de Viner se limita a estudiar los economistas ingleses mientras que el de aquél tiene también en cuenta a los alemanes y franceses, entre otros. La coincidencia de opiniones, en términos generales, de estos dos grandes hombres de estudio es una de las mejores garantías del valor de sus interpretaciones del pensamiento de la época.

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

“hambre de mercancías” desaparezca por entero entre la época que va de la Edad Media al *laissez faire*; que el autor se ha fijado demasiado en los escritos de comerciantes y productores, que, por serlo, o bien tienen una actitud de indiferencia hacia las mercancías o interés por desprenderse de ellas, y que, en cambio, no ha concedido la debida importancia a las opiniones de autores más desinteresados que no muestran ese “miedo”; además, se dice que no parece haber una gran correspondencia entre el “miedo a las mercancías” y el gran interés que demuestran algunos escritores mercantilistas por los inventos que ahorran trabajo, problema que Heckscher examina con gran brillantez y que a duras penas logra reconciliar con su interpretación general.

Sin duda, en estas críticas hay una parte de verdad innegable. Todo autor que pretende una síntesis; encerrar en una fórmula general las opiniones contradictorias que siempre se sostienen en todas las épocas sobre cualquier punto, está expuesto a que le saquen a relucir un volumen importante de opiniones, de autores, obras, etc., que divergen más o menos radicalmente de la tendencia general. Para decidir cuál es ésta ¿qué criterio debe seguirse? ¿Una estadística de las opiniones, autores, etc.?

Está muy de moda ver en las épocas y doctrinas aquello que los demás no han visto en ellas. Adam Smith sentó el precedente de considerar que mercantilismo era sinónimo de balanza comercial, desecho ilimitado de metales preciosos, etc., y la reacción de muchos autores, empezando ya en el siglo XIX y llegando hasta ensayos de los últimos años, ha sido sacar a relucir todos los datos posibles para demostrar que muchos mercantilistas no se interesaban por tales falacias; que se encuentran en sus escritos muchas más pruebas de su interés por las mercancías que de su interés por el oro y la plata. Decir lo mismo que había dicho Adam Smith no tiene interés, no se descubre nada con repetirlo. Adam Smith, se afirma, hizo generalizaciones temerarias que tenían más de propaganda librecambista que de realidad y fué la brillantez extraordinaria de su obra la que llevó a quienes le siguieron a aceptar sus palabras sin acudir con un espíritu abierto a las fuentes mismas. Viene la reacción, y se buscan todas las frases, libros y autores que pueden servir de prueba de que los “mercantilistas” eran más liberales de lo que se cree, se van encontrando dispersos por sus escritos los diferentes elementos de la escuela clásica, etc. ¿No se está desfigurando el panorama? Una superficie llana ¿no puede tener asperezas? No quiero decir que los liberales de la época mercantilista sean simples excepciones, o que, si lo fueran, el hecho de serlo justificaría dejarlos en el olvido. Todo lo contrario, pero los árboles no deben impedirnos ver el bosque. Es posible que Heckscher no haya demostrado sin disputa su tesis, y que aún puedan quedar dudas sobre la *actitud general* de los mercantilistas hacia las mercancías. Hay, sin embargo, un dato que la apoya: la época mercantilista es de comercio, de tráfico, de



## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

proyectos, empresas, etc., el triunfo de los intereses egoístas y materiales. La opinión de los protagonistas ¿no debe pesar más que la de las segundas figuras? Sus opiniones no son desinteresadas, sin duda, pero, a pesar de todo, son las que dominan, y en esta ocasión los intereses, bien o mal entendidos, del estado, conducen a una política que abona la tesis de Heckscher. Si quien expresa la tendencia de la época es la masa de la población, no creo que pueda pensarse que ésta manifestase “miedo a las mercancías”, sino todo lo contrario. Si quien la expresa es el que escribe, el autor, tenemos el hecho de que la mayoría de los escritos económicos mercantilistas vienen de personas interesadas directa o indirectamente en la producción y el comercio, y en este caso, la tesis general de Heckscher tiene mucho en su favor.

Precios altos, proteccionismo, balanza comercial, población abundante (es decir, salarios bajos), metales preciosos, etc. = miedo a las mercancías.

La labor del historiador de hechos y doctrinas no se limita a la recopilación. La síntesis es necesaria. Heckscher encontró entre la maraña de opiniones divergentes y contradictorias una tendencia general y le dió un nombre. Otros piensan que los mercantilistas no son “tan mercantilistas” como se dice. La contradicción se desvanece en cierto modo si se tiene en cuenta que Heckscher ve, a pesar de todo, en la teoría clásica una derivación de las teorías de la época mercantilista y no un rompimiento revolucionario.

*La época mercantilista* es un monumento soberbio a la investigación concienzuda. Haber puesto orden en un período histórico tan lleno de contradicciones y haber superado todo cuanto han hecho quienes venían estudiando aquel período desde hace más de siglo y medio, es una hazaña que merece el homenaje agradecido de todos los que se dedican al estudio de los hechos y de las ideas.—J. M.

PAUL M. SWEEZY. *The Theory of Capitalist Development. Principles of Marxian Political Economy*. Oxford University Press, New York, 1942. 398 páginas.

Este libro es el primer intento, en lengua inglesa, de ofrecer al público interesado en los problemas económicos un amplio análisis de la Economía Política Marxista. No se trata, sin embargo, de un estudio completo; el autor deja de lado muchos aspectos especiales del tema y se refiere a algunos otros con extremada brevedad. Ello obedece, en nuestra opinión, a su deseo de concentrarse en los aspectos medulares, y a la vez, de no alargar demasiado una obra que, sin perjuicio de la seriedad y el mérito científico, no está hecha tan sólo para especialistas.

Con todo, el libro de Sweezy es una excelente exposición de la materia y contribuirá eficazmente, sin duda, a la divulgación y comprensión de un

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

cuerpo de doctrina que tan importante papel ha jugado y juega en el pensamiento económico y social contemporáneo.

La obra está dividida en cuatro partes. La primera trata del valor y de la plusvalía. La segunda es un análisis de la estructura económica del capitalismo, en el que se muestra cómo y por qué esta estructura da origen a ciertas tendencias de transformación. En el segundo capítulo de esta parte se discute el problema histórico de la pretendida contradicción entre la teoría del valor de Marx, expuesta en el volumen I de *El capital*, y la teoría de los precios que aparece en el volumen III. La tercera parte analiza las depresiones y las crisis, elaborando las implicaciones de la teoría de Marx y criticando la aportación teórica de algunos de sus discípulos. La cuarta parte se titula "El Imperialismo", y muestra la génesis, la estructura y las tendencias del sistema económico del mundo moderno. Esta parte trata, asimismo, del papel del estado en la vida económica, del desarrollo de los monopolios y las consecuencias de las relaciones económicas internacionales —entre ellas, lo diremos de paso, los antagonismos que suelen conducir a la guerra—. Hay también, por supuesto, un capítulo sobre esa forma exacerbada del imperialismo que es el estado fascista en sus diferentes denominaciones. Por último, Sweezy intenta prever y mostrar a sus lectores el probable desarrollo futuro del capitalismo.

Paul M. Sweezy, autor de esta obra, nació en la ciudad de Nueva York, en 1910. Se educó en la Universidad de Harvard, graduándose en 1931. Estudió después en la Escuela de Economía de Londres, en Viena y en otras capitales de Europa, para volver a Harvard y ocupar allí un puesto como profesor de economía, que desempeña hasta hoy. Es autor de *Monopolio y competencia en la industria británica del carbón, 1550-1850*, y co-autor de *Un programa económico para la democracia americana*. Su libro más reciente, *La teoría del desarrollo capitalista*, al que se refiere esta nota, será editado próximamente, en México, por el Fondo de Cultura Económica.—H. L.